

Un canto de esperanza

¡Hola amigos! ¿Que tal os va con la primavera?

Tal vez os pase también a vosotros. Al abrir la ventana en estos días nuevos, se entiende menos que tengamos que morir. Quizás por eso la primavera y la Pascua de Resurrección suelen presentarse juntas y todo despierta y resucita por dentro y por fuera. Hasta los olmos viejos, se cubren de hojas minúsculas en un milagro de fecundidad al que no podemos acostumbrarnos.

Y es que, eso que ocurre en la naturaleza, con más razón sucederá en la naturaleza humana.

Si Pablo dice en la Epístola a los Romanos que la creación entera, anhela ser liberada de la corrupción para participar, al final, en la gloria de los hijos de Dios, más nos dice a nosotros cuando afirma, allí, que estamos “predestinados a reproducir la imagen de su Hijo”. Se abren las carnes: ¡todos resucitados con el Resucitado!

Por eso cada año, en plena Pascua, me gusta leer despacio un admirable verso de Antonio Machado al que los críticos dan un diez. Y vuelvo a él para recordar a tantas personas sin ojos para mirar la primavera. Hay enfermos incurables, hay gente solitaria, hay guerras, hambres... Y gente que aguanta encima demasiada decepción. Pero, ¿va a poder todo eso con nosotros?

Precisamente, fue escrito el poema ocho meses después de morir Leonor. Desde las tierras del sur, con su temprana primavera, Machado -ahora sólo- pide a su amigo Palacio que suba, con las primeras rosas, al cementerio donde su gran amor está enterrado. Comienza indagando:

“Palacio, buen amigo,
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos?”

El sabe que en Soria hace frío, que el invierno se retrasa entre los brezales como si nunca se fuera a marchar:

“En la estepa
del alto Duero, primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...”

Y va desgranando su humilde curiosidad por todo lo que despierta:

“Por esos campanarios
ya habrán ido llegando las cigüeñas.
¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?”

Se suceden las preguntas con suave impaciencia:
“Palacio buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?”

Se ha dado a esta impaciencia del poeta una interpretación extraordinaria. Las interrogaciones repetidas son el reflejo del propio corazón anhelante. “¿Será posible, será posible que otra vez, haya olmos viejos con hojas tiernas, y zarzas en flor, entre las peñas, tan áridas? ¿Será posible que, dóciles al ritmo del universo, acudan de nuevo las cigüeñas a los campanarios, los ruiseñores a las riberas?”. Pero si esto es posible, si este gran milagro se repite, bien puede esperarse ese otro milagro que simboliza la primavera: la resurrección de la carne, la resurrección de la amada. Por eso su corazón espera,

“...También hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera”.

Un canto de esperanza, una afirmación del sentido transitorio de toda ausencia, de todo dolor. Y si la carne resucita, ¿qué pensar de esas resurrecciones íntimas hechas de campanas y flores del almendro?

Pascua de Resurrección. Se nos esponja el alma al abrir las ventanas.

¡Felices Pascuas! Hasta la vuelta.
Déborah

